

Jean-Jacques Rousseau gramatólogo

Jesús Camarero

Universidad del País Vasco

jesus.camarero@ehu.es

Résumé

Une analyse de l'apport de Jean-Jacques Rousseau à la théorie de l'écriture et à la grammatologie. Cette analyse contient une comparaison systématique des idées rousseauiennes sur le langage et l'écriture rapportées d'autres théories du XVII^e siècle (Arnauld et Lancelot), du XVIII^e siècle (Condillac, Paillason, Jaucourt) et du XX^e siècle (Saussure). La contraposition des idées de Rousseau et de Saussure en ce qui concerne l'écriture nous permet, en plus, d'explicitier la grande valeur des idées grammatologiques de Rousseau et son rapport à la grammatologie actuelle (Gelb, Derrida, Harris), en dépassant avant la lettre le phonocentrisme de la linguistique moderne.

Mots-clé: Rousseau; Grammatologie; Théorie de l'Écriture.

Abstract

An analysis about Jean-Jacques Rousseau's contribution to the theory of writing and the grammatology. This analysis contains a systematic comparison of the rousseauian ideas about the language and the writing with another theories of the 17th (Arnauld and Lancelot), 18th (Condillac, Paillason, Jaucourt) and 20th centuries (Saussure). The contrast of Rousseau's ideas to Saussure's about writing also, allows to make explicit Rousseau's grammatological ideas's big importance and his relation with the grammatology (Gelb, Derrida, Harris), exceeding *avant la lettre* modern linguistics's phonocentrism.

Key words: Rousseau; Grammatology; Theory of Writing.

0. Introducción

Durante siglos y siglos la escritura fue privilegiada como sistema de representación y de expresión minoritario y elitista. La escritura era ya también el vehículo de la literatura y además esta atesoraba una tradición multiseccular cuyo modelo era inamovible, es decir, como señala David Crystal: «una fuente de normas de perfección lingüística» (Crystal, 1987: 178). Así que la escritura era, como luego reconocería también Saussure, una representación fijada y permanente de la lengua y un modo de reutilizar sin límites los logros de la expresión estética acumulada desde sus inicios por la literatura. Al mismo tiempo la lengua hablada era ignorada sistemáticamente como un valor, hasta el punto de que toda relación con el arte literario pasaba por la consideración de las «bellas letras» –Retórica, Estilística, etc.– y nunca por el cultivo de la lengua hablada, pues era la lengua escrita, con su fijación matérica a un soporte permanente, la que constituía la referencia de toda elaboración estética o artística.

Sin embargo, a la escritura no se le reconocía otro estatuto que el de representar la lengua y el de vehicular la literatura, no se pensaba en otras funciones que la escritura venía realizando desde su invención 5.000 a. n. e.¹. La lengua mereció la atención de los gramáticos en edad muy temprana (los Estoicos griegos) y a ella se dedicaron multitud de estudios. Sin embargo, la escritura, salvo algunas excepciones como la de Platón² (370 a. n. e.), fue ignorada durante siglos y siglos por una tradición fonocentrista que además nunca se ocupó de la escritura en sus aspectos más profundos, a saber: ante todo el gramatológico, pero también el semiótico, el gráfico, el icónico, el espacial y el heurístico³.

Este estado de cosas se mantiene inalterable hasta principios del siglo XX, momento en el que sufre una transformación revolucionaria con la inauguración de la lingüística moderna por obra de Ferdinand de Saussure, que da paso al proceso fonocentrista en el que solo la lengua tiene importancia. Sin embargo Saussure dedicó una notable atención a la escritura en su *Cours de linguistique générale* (1907), concretamente en el capítulo VI de su obra, dedicado a la «Représentation de la langue par l'écriture» (Saussure, 1972: 44-54), título que, como se verá después, proporciona por sí mismo la base de nuestro argumento para criticar la noción de escritura expuesta por el lingüista suizo. De hecho, la atención a la escritura en Saussure no viene

¹ Según los últimos datos disponibles tras el descubrimiento de la escritura hallada en Vinká, en los suburbios de Belgrado. Posteriormente han sido descubiertas, por Richard Meadow (Universidad de Harvard), escrituras con una antigüedad de 3.500 a. n. e. en el Indo (Pakistán).

² Me refiero, en concreto, al conocido mito de Theut y Thamus, expuesto al final del diálogo *Fedro* (Platón, 1988: 274c-277a), donde se exponen las dos visiones contrapuestas acerca de la escritura.

³ Estos cinco aspectos añadidos a la dimensión gramatológica fueron el objeto del Coloquio *Propriétés de l'écriture*, que tuvo lugar en la Universidad de Pau, los días 13 al 15 de noviembre de 1997. Las actas han sido publicadas con el mismo título en el nº 10 (1998) de la revista *Op. Cit.* Para la explicación de los cinco conceptos arriba citados, véase la presentación de Jean-Gérard Lapacherie (1998: 9-10).

dada por una motivación positiva de defender la escritura, sino por una intención focalizada de reducir su importancia frente a la lengua que, para él, constituía el auténtico y único objeto de interés del lingüista. Quedaba así expulsada la escritura del territorio de la lingüística moderna, y no precisamente por no constituir un objeto interesante, sino por el hecho de ser, en opinión de Saussure, una mera representación de la lengua con una función subalterna.

Ya en la segunda mitad de este siglo, las teorías sobre la nueva ciencia gramatológica suponen una revolución en el pensamiento lingüístico-filosófico contemporáneo y el inicio de un cúmulo de estudios casi siempre orientados a una concepción de la escritura como sistema, más o menos autónomo, de representación, expresión y comunicación. Por tanto resulta de todo punto interesante analizar cómo Jean-Jacques Rousseau se anticipó no solo a la creación de la lingüística moderna saussuriana, sino también a la revolución llevada a cabo por toda una comunidad de gramatólogos relacionados además con campos muy diversos: filosofía, literatura, antropología, sociología, lingüística, poética, semiótica, etc.

La teoría de Rousseau sobre la escritura tiene, por un lado, una genealogía compleja y, por otro lado, no son muy conocidas las posibles relaciones que sus teorías hayan podido tener con el pensamiento lingüístico y gramatológico posterior. En lo que a este trabajo respecta, y dado que se trata de fijar los términos de una cierta teoría gramatológica rousseauiana en sus relaciones comparatistas con otras teorías, analizaremos la posición teórica de Rousseau respecto a varios momentos en que la escritura se ve conceptualizada a lo largo de un proceso histórico.

En una primera parte abordaremos su aspecto genealógico: las fuentes más o menos directas de la teoría de la escritura, durante los siglos XVII y XVIII, en las que Rousseau bebe para conformar ciertos conceptos de base gramatológica: Port-Royal y Condillac; y el paralelismo y, a veces, la confrontación antitética que la teoría de la escritura de Rousseau mantiene con las tesis defendidas en la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert por dos expertos: Paillason y Jaucourt. Y en una segunda parte analizaremos el sorprendente enfrentamiento que la teoría de la escritura de Rousseau mantiene con el momento fundacional de la lingüística moderna por obra de Ferdinand de Saussure.

Al exponer la teoría de la escritura de Rousseau de este modo, es decir, observando las distintas posiciones que obtiene al confrontarla con otras teorías a lo largo de una diacronía conceptual, se puede extraer una visión bastante clara y suficientemente profunda del alcance de las tesis rousseauianas. Pero, al mismo tiempo, no se nos escapa el valor que adquiere también el ejercicio metodológico de una cierta relación que se va construyendo en el parangón de las distintas teorías respecto a Rousseau. Ello nos ha permitido tejer una urdimbre de conceptos acerca de la teoría de la escritura y, de paso, nos ha procurado un primer nivel de aproximación a lo que sería una nueva disciplina, que podríamos denominar *Teoría de la Escritura Comparada*.

Esta nueva disciplina intentaría describir, analizar y poner en sistema las relaciones conceptuales o teóricas de una cierta *intertextualidad teórica* en torno al concepto de escritura, tomando como punto de partida, en este caso, las tesis de Jean-Jacques Rousseau y su conexión con teorías anteriores y posteriores, con las cuales se construye una especie de encrucijada teórica que podría servir de andamio para construir –en un proyecto más amplio– una *Historia de la Escritura Comparada*.

La hipótesis que nos proponemos desarrollar aquí, en concreto, es que Jean-Jacques Rousseau realizó una importante aportación a la ciencia gramatológica con su teoría sobre la escritura, incluida en el opúsculo (Rousseau, 1964b: 1248-1252) titulado *Prononciation* (1761) y sobre todo en el capítulo V (Rousseau, 1995: 384-388) de su obra *Essai sur l'origine des langues* (1781), casi dos siglos antes de la fundación de la gramatología por Ignace J. Gelb, su consolidación con Jacques Derrida y su culminación con la obra de Roy Harris⁴, refutando de paso y por anticipación al propio Ferdinand de Saussure. La importancia de este planteamiento radica en que «una reflexión sobre los planteamientos filosóficos en torno al lenguaje, tiene que concretar su perspectiva hacia aquella peculiar solidificación del lenguaje que es la escritura» (Lledó, 1985: 420), de modo que un estudio específico sobre las implicaciones de una teoría de la escritura –como disección de una parte del total del problema– viene a decir mucho sobre la otra realidad representada que llamamos lengua. Con lo cual no se trata solamente de realizar una genealogía de la ciencia gramatológica a partir de la teoría lingüística de Rousseau, sino también de proyectar el pensamiento del filósofo en el contexto de la teoría actual de la escritura.

La escritura ha adquirido ya un lugar preponderante como elemento que define, al menos en parte, el sistema de una fenomenología y de una ontología hermenéuticas. Por tanto la inclusión de la escritura como parte significativa dentro del mismo proceso hermenéutico se justifica por el sentido que adquiere el gesto constructivo de la significación en la etapa de materialización del texto justo antes de la lectura, verdadera fase interpretativa plena del texto⁵.

1. Genealogía de la teoría de la escritura en Jean-Jacques Rousseau

Esta genealogía –en todo caso parcial– pretende explicitar el pensamiento rousseauiano respecto de las teorías de la escritura que se producen justo antes o al mismo tiempo que la propia teoría de Rousseau sobre la escritura. Para ello hemos seleccionado tres producciones emblemáticas: Port-Royal, Condillac y la *Encyclopédie* (Paillason, Jaucourt).

⁴ La relación de las ideas rousseauianas sobre la escritura con la teoría gramatológica de Derrida, Gelb y Harris desbordaría ampliamente los límites de este trabajo y será objeto de una investigación futura.

⁵ Desde este punto de vista resulta pertinente la inclusión del estudio de Lledó (1985) en la compilación de José Domínguez Caparrós (1997).

1.1. Rousseau y Port-Royal

En el libro VI de *Les Confessions* Rousseau manifiesta que, después de la comida y tras una o dos horas de charla, se dedicaba a sus libros hasta la hora de la cena: «Je commençois par quelque livre de philosophie, comme la *Logique* de Port-Royal, l'*Essai* de Locke, Mallebranche, Leibnitz, Descartes, etc.» (Rousseau, 1959: 237). Un poco más adelante añade: «Les Ecrits de Port Royal et de l'Oratoire étant ceux que je lisois le plus fréquemment m'avoient rendu demi-Janséniste, et malgré toute ma confiance leur dure théologie m'épouvantoit quelquefois» (Rousseau, 1959: 242). Según parece, entonces, hubo una relación de conocimiento bastante intensa del filósofo ginebrino con los escritos jansenistas de Port-Royal y por consiguiente no parece excesivamente arriesgado afirmar que también conoció la llamada *Grammaire de Port-Royal* de Arnauld y Lancelot (1660). Partiendo de esta hipótesis resulta pertinente analizar el entramado de ideas que, sobre teoría de la escritura, se puede obtener en una lectura superpuesta e intertextual de la *Grammaire* y de las ideas de Rousseau.

Frente al cartesianismo riguroso de Arnauld y Lancelot en su famosa *Grammaire de Port-Royal*, donde conciben la lengua como puro producto de la razón, Rousseau determinará el origen de la lengua en el polo opuesto, en las pasiones. Sin embargo, alguna aproximación cabe ser descubierta, en este tema como en otros, entre los jansenistas y Rousseau. Arnauld y Lancelot son muy claros en el exergo de su obra, al definir el funcionamiento de la lengua desde una óptica racionalista en la que el pensamiento determina las ideas y su expresión, al mismo tiempo que, curiosamente, aparece la escritura vinculada a esta definición:

Parler, est expliquer ses pensées par des signes, que les hommes ont inventés à ce dessein. On a trouvé que les plus commodes de ces signes, estoient les sons & les voix. Mais parce que ces sons passent, on a inventé d'autres signes pour les rendre durables & visibles, qui sont les caracteres de l'écriture, que les Grecs appellent γραμματα, d'où est venu le mot de *Grammaire* (Arnauld y Lancelot, 1966: 5).

En esta definición se encuentran las tres dimensiones de la comunicación humana (mayoritariamente verbal), representadas en las disciplinas correspondientes: la semiótica (los signos), la lingüística (la lengua) y la gramatología (la escritura). No deja de ser curioso además constatar la presencia, justo en el inicio de la obra, de la escritura, definida como representación durable y visible de la lengua, porque a pesar de referirse a los caracteres de la escritura en la primera parte del tratado, solo en el capítulo V hablarán de ellos como tales signos gráficos. Cuando hablan de letras no se refieren a la escritura: si los sonidos son la representación del pensamiento, la escritura son las figuras que se convierten en signos o representación de los sonidos. Aquí está ya el núcleo del concepto saussuriano de la escritura, es decir, la escritura como simple representación de la lengua; pero también hay una idea importante desde el

punto de vista semiótico: que los caracteres de la escritura son signos de otros signos, es decir, un sistema de representación de segundo grado. Una idea similar encontramos, con claridad meridiana, en el opúsculo rousseauiano *Prononciation*:

L'analyse de la pensée se fait par la parole, et l'analyse de la parole par l'écriture; la parole représente la pensée par des signes conventionnels, et l'écriture représente de même la parole; ainsi l'art d'écrire n'est qu'une représentation médiate de la pensée, au moins quant aux langues vocales, les seules qui soient en usage parmi nous (Rousseau, 1964b: 1249).

Pero Rousseau va un poco más allá e introduce nuevos elementos en la idea. En primer lugar, el concepto fundamental de signo convencional, de alfabeto heredado (cuyo origen se remonta a los fenicios a través de los griegos y los romanos) compuesto de signos que se vinculan arbitrariamente a aquello que representan. En segundo lugar, la mediatez de la escritura respecto del pensamiento puesto que, según el argumento original de Port-Royal, la lengua se hallaría en medio para asegurar la debida representación. Pero Rousseau da una vuelta de tuerca y añade: «N'est-il pas bien ridicule qu'on soit obligé de dire à un homme: Ecrivez-moi ce que vous dites, afin que je l'entende?» (Rousseau 1964b: 1249). Con lo cual la escritura adquiere un estatuto que los gramáticos jansenistas no le otorgaban, abriendo ya el camino de las argumentaciones que el *Essai sur l'origine des langues* desarrollará más todavía.

Efectivamente, en el inicio del capítulo V de su *Grammaire générale et raisonnée*, Arnauld y Lancelot exponen una distinción, interesante desde el punto de vista gramatológico, entre dos tipos distintos de signos gráficos. La cuestión comienza así:

Nous n'avons pas pû jusques icy parler des Lettres, que nous les ayons marquées par leurs caracteres; mais neanmoins nous ne les avons pas considérées comme caracteres, c'est à dire, selon le rapport que ces caracteres ont aux sons. Nous avons déjà dit que les sons ont esté pris par les hommes, pour estre signes des pensées, & qu'ils ont aussi inventé certaines figures pour estre les signes de ces sons (Arnauld y Lancelot, 1966: 18).

Así reconocen una entidad gráfica y visual (figuras) que funciona como un sistema de representación secundario respecto al pensamiento. Idea que podemos encontrar también en *Prononciation* de Rousseau: «Les langues sont faites pour être parlées, l'écriture ne sert que de supplément⁶ à la parole; s'il y a quelques langues qui ne soient qu'écrites et qu'on ne puisse parler, propres seulement aux sciences, elles ne sont d'aucun usage dans la vie civile» (Rousseau, 1964b: 1249).

Pero también es verdad que a partir de aquí se abre la posibilidad real de una definición de la escritura según unos parámetros pregramatológicos al menos, pues

⁶ Entiéndase este término como «sustituto».

Arnauld y Lancelot introducen un segundo modo de significación que no pasa por el intermedio de la lengua:

Mais quoy que ces figures ou caracteres selon leur premiere institution ne signifient immediatement que les sons, neanmoins les hommes portent souvent leurs pensées des caracteres à la chose mesme signifiée par les sons. Ce qui fait que les caracteres peuvent estre considerés en ces deux manieres : ou comme signifiant simplement le son, ou comme nous aidant à concevoir ce que le son signifie (Arnauld y Lancelot, 1966: 18).

A partir de aquí se ha producido ya un giro importante en la teoría de la escritura que la *Grammaire* jansenista explicita sin tapujos, aunque con las limitaciones propias de un prefonocentrismo evidente. El objeto es representado por el sistema primero de la lengua; este sistema es a su vez representado por el sistema segundo de la escritura; y se añade ahora que la escritura puede representar el objeto pero, como el vínculo entre la lengua y la escritura es innato e implícito para los jansenistas, la representación del objeto por la escritura se hará siempre mediante el filtro o el intermedio de la lengua. Por tanto no hay significación sin lengua, ya que la escritura es considerada subsidiaria de ella y que no se le reconoce capacidad autónoma de significación, es decir, una limitación o incluso una galopante ceguera que compartirá dos siglos y medio después el mismo Ferdinand de Saussure, aunque algunos vean aquí una cierta modernidad en el concepto de escritura (Pellat, 1998) y a pesar de algunas luces que, como luego veremos, alumbran el concepto con un claroscuro no exento de interés.

Como ya se ha citado más arriba (Arnauld y Lancelot, 1966: 18), la *Grammaire* jansenista concibe dos modos de significación. El primero de ellos, que considera la escritura como simple transporte de la lengua, de manera que los sonidos y los caracteres se correspondan en una relación de equivalencia medida, no tiene relevancia desde la perspectiva gramatológica. La luz empieza a inundar la estancia a partir de la página 20:

Mais considerant les caracteres en al seconde maniere; c'est à dire, comme nous aidant a concevoir ce que le son signifie : il arrive quelquefois qu'il nous est avantageux que ces regles ne soient par toujours observées au moins la premiere & la derniere. Car I. il arrive souvent, sur tout dans les langues dérivées d'autres Langues, qu'il y a de certaines lettres qui ne se prononcent point, & qui ainsi sont inutiles quant au son : lesquelles ne laissent pas de nous servir pour l'intelligence de ce que les mots signifient. Par exemple, dans les mots de *champs* & *chants*, le *p*, & le *t*, ne se prononcent point, qui neanmoins sont utiles pour la signification, parce que nous apprenons de là,

que le premier vient du Latin *campi*, & le second du Latin *can-tus* (Arnauld y Lancelot, 1966: 19-20).

De este modo se reconoce una relativa autonomía de la escritura, aunque tan solo para aquellas letras que no representan ningún sonido. En todo caso se admite que estos signos de la escritura tienen significación, lo cual abre la vía de una consideración gramatológica efectivamente. En este mismo argumento se abunda por extensión y no sin subrayar el efecto que produce:

Ceux qui se plaignent tant de ce qu'on écrit autrement qu'on ne prononce, n'ont pas toujours grande raison, & que ce qu'ils appellent abus, n'est quelquefois sans utilité. La différence des grandes & des petites lettres semble aussi contraire à la quatrième règle ; [...] en effet cela seroit tout à fait inutile, si l'on ne consideroit les caracteres que pour marquer les sons, puis qu'une grande & une petite lettre n'ont que le mesme son. D'où vient que les anciens n'avoient pas cette différence [...]. Neanmoins cette distinction est fort utile pour commencer les périodes, & pour distinguer les noms propres d'avec les autres. Il y a aussi dans une mesme langue de différentes sortes d'écritures, comme le Romain & l'Italique dans l'impression du Latin, & de plusieurs Langues vulgaires [...] en distinguant ou de certains mots, ou de certains discours, quoy que cela ne change rien dans la prononciation (Arnauld y Lancelot, 1966: 20-21).

Así se reconoce la capacidad de la tipografía (la forma del signo gráfico), e incluso de la ortografía, para añadir significado al sistema de significación por excelencia que es la lengua, aunque queda claro –la lengua aquí siempre queda a salvo de las insumisiones de la escritura– que en estos casos los signos de la escritura no equivalen a los signos de la lengua y, eso sí, sobrepasan el nivel de representación respecto del sistema primero para funcionar en una dimensión semiótica que es el umbral de la consideración gramatológica, aunque no tanto como para cruzarlo totalmente. La frase de Arnauld y Lancelot, al final del capítulo V de su *Grammaire*, «la diversité qui se trouve entre la prononciation & l'écriture» (Arnauld y Lancelot, 1966: 21), significa prácticamente lo mismo que la famosa frase de Rousseau en el *Essai sur l'origine des langues*, «l'art d'écrire ne tient point à celui de parler» (Rousseau, 1995: 386). Pero Rousseau aporta intuiciones que superan sus propias lecturas, porque ya en el opúsculo *Prononciation*, a pesar de estar este más cerca de las tesis jansenistas que el *Essai sur l'origine des langues*⁷, se pueden leer ideas tan avanzadas como la siguiente: «S'il y avoit

⁷ Cuando Rousseau escribe *Prononciation* ya ha redactado también el *Essai sur l'origine des langues*, aunque este no se publicará hasta 1781, tres años después de su muerte. La contradicción de algunas ideas expuestas en ambas obras viene quizá de un hecho doble: a) en *Prononciation* le interesa sobre todo una relación –percibida ya problemáticamente– entre lo oral y lo escrito, y cómo lo escrito ha

une liaison moins nécessaire entre la langue écrite et la langue parlée, elles s'éloigneroient insensiblement et se sépareroient tellement l'une de l'autre qu'elles formeroient à la fin deux langues différentes comme il est arrivé au latin et à l'italien» (Rousseau, 1964b: 1251). Argumento que expresa ya sin ambages la posibilidad de una (¿relativa?) autonomía de la escritura respecto de la lengua, superando las ideas jansenistas justo por encima del concepto de representación de la lengua, que es donde Rousseau aporta realmente una tesis de nivel gramatológico.

1.2. Rousseau y Condillac

Rousseau conoció al abate Condillac, hermano de M. de Mably, en Lyon en 1741, según consta detalladamente en *Les Confessions* (Rousseau, 1959: 280), donde el autor del *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (1746) es uno de los personajes más citados. En el mismo libro VII de *Les Confessions* Rousseau vuelve a citar a Condillac que, al parecer, se había alojado también, aunque tiempo atrás, en el hotel Saint-Quintin (Rousseau, 1959: 282), lugar donde pernocta el ginebrino de visita en París por segunda vez. Y casi al final le dedica unas cuantas líneas (Rousseau, 1959: 347) llenas de elogios: Rousseau se consideraba su descubridor y su amigo, con él cenaba a escote en la época en que Condillac escribía su tratado; le presentó a Diderot, quien influyó en el librero Durand para publicar el libro del abate, y los tres se reunían una vez por semana para cenar en el Panier Fleuri. En el libro IX los entresijos de la pasión y un carácter especialmente sensible llevan a Rousseau a buscar amistades que le convengan: en este contexto se producen las de Diderot, Condillac y Grimm en *Les Confessions* (Rousseau, 1959: 416). Y en el libro X, cuando se están cerrando las listas de sus amistades más queridas, Condillac sigue apareciendo en un grupo ya bastante restringido de nombres (Rousseau, 1959: 510). Esta relación amistosa y duradera que Rousseau mantuvo con Condillac (no así con Diderot o Grimm, pero sí con Altuna) es el punto de partida para considerar la influencia que el pensamiento del abate tuvo en Rousseau y, en lo que aquí concierne, en la teoría de la escritura, cuya referencia más directa sería el capítulo XIII, titulado «De l'écriture», del *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (Condillac, 1999: 236-241).

Justo cuando Condillac está terminando su *Essai* (publicado en 1746), aparece la traducción francesa del libro de W. Warburton (1744) sobre los jeroglíficos egipcios (en inglés había aparecido en 1738-41). Condillac (1999: 236), en nota al capítulo XIII, confiesa abiertamente haber sacado de su obra casi todo lo que dice respecto a esta materia. Esta es la razón por la que el lector verá en el capítulo XIII, dedicado a la escritura, una traslación literal de las ideas de Warburton sobre el jeroglífico egipcio y poco más, aunque no hay que despreciar en absoluto los dos pri-

alcanzado en su época una importancia y hegemonía notables; y b) en consecuencia, hay cierto ataque al libro como depósito de lo escrito y manifestación perfecta y superior de la escritura.

meros párrafos (127 y 128) del capítulo, pues en ambos se realizan reflexiones importantes sobre la relación de la escritura con la pintura en su etapa primitiva.

En el párrafo 127 el origen de la escritura queda determinado por Condillac como *pintura sencilla* o, lo que es lo mismo, como dibujo que representa las *imágenes de las cosas*. Pero lo más decisivo e importante de su concepción es la argumentación sobre la causa de la invención de la escritura, que el abate fija en los siguientes parámetros: el estado de la sociedad humana que ya ha avanzado lo suficiente como para que los hombres sean capaces «de se communiquer leurs pensées par des sons» (Condillac, 2009: 179), de modo que aparece «la nécessité d’imaginer de nouveaux signes propres à les perpétuer et à les faire connoître à des personnes absentes» (Condillac, 2009: 179-180). Así quedan ligadas comunicación y escritura en una acción propia de la civilización avanzada. Tal es también el argumento de Rousseau, repetido por activa y por pasiva en el *Essai sur l’origine des langues*: las necesidades suplementarias que sobrepasan las necesidades puramente físicas, el apasionamiento de lo expresado por los signos (verbigracia, la escritura) y, también, a medida que se va perfeccionando el funcionamiento de la sociedad, la introducción de un sistema de representación con código más complejo.

Desde aquí alcanzamos el centro de la teoría de la escritura, cuando se concreta el paso de los signos de la comunicación a la acción propiamente dicha de la escritura, en el que, según Condillac, «le moyen le plus naturel fut donc de dessiner les images des choses [...] et le premier essai de l’écriture ne fut qu’une simple peinture» (Condillac, 2009: 180). Esta definición es capital, por cuanto determina la autonomía de la escritura como sistema de comunicación desligado –inicialmente– de la lengua, y por cuanto evoca en Rousseau un desarrollo teórico sin parangón. En el opúsculo *Prononciation* tiene ya cierta presencia (Rousseau, 1964b: 1249, 1250 y 1251), pero en el *Essai sur l’origine des langues* el despliegue teórico de esta misma idea es arrollador: «les signes visibles rendent l’imitation plus exacte» (Rousseau, 1995: 378), «ce que les anciens disoient le plus vivement, ils ne l’exprimoient pas par des mots mais par des signes; ils ne le disoient pas, ils le montroient» (Rousseau, 1995: 376), «la première manière d’écrire n’est pas de peindre les sons mais les objets mêmes» (Rousseau, 1995: 384) y también la tipología restante explicitada a continuación (Rousseau, 1995: 384 y 385), «la peinture des objets convient aux peuples sauvages; les signes des mots et des propositions aux peuples barbares, et l’alphabet aux peuples policés» (Rousseau, 1995: 385), incluidas las ideas que sintetizan un avance teórico espectacular en el ámbito gramatológico: «l’art d’écrire ne tient point à celui de parler» (Rousseau, 1995: 386), «les dialectes distingués par la parole se rapprochent et se confondent par l’écriture» (Rousseau, 1995: 389), «pour savoir l’anglais il faut l’apprendre deux fois, l’une à le lire et l’autre à le parler»⁸ (Rousseau, 1995: 393).

⁸ Ingenua argumentación (desde el punto de vista de nuestros días) que podría ser aplicada a cualquier lengua, aunque sí es cierto que la distancia entre lengua y escritura en inglés es mayor que en francés.

En cuanto al párrafo 128, como el influjo de Port-Royal sin duda resulta determinante y como también, justo en ese momento, se está construyendo una cierta teoría de la escritura (Warburton, Paillason, Jaucourt), Condillac concibe la escritura según unos parámetros deslizantes, tal como se ve en la idea siguiente: «c'est vraisemblablement à la nécessité de tracer ainsi nos pensées que la peinture doit son origine; et cette nécessité a sans doute concouru à conserver le langage d'action, comme celui qui pouvoit se peindre le plus aisément» (Condillac, 2009: 180). Aquí, por un lado, se vincula la escritura al pensamiento y para llegar a él, entonces, a la lengua (es la visión racionalista del jansenismo); y por otro lado, se echa mano de la idea de la pintura asociada, ahora, a la lengua, lo cual desdice su propio discurso anterior, en el que el medio más natural de representación era la pintura de los objetos (no de la lengua). Por su parte, Rousseau llevará estas ideas más lejos y no incurrirá en contradicciones que requieran obligadas palinodias, pues en la teoría rousseauiana lengua y escritura mantienen sus propios dominios y funcionamientos cuando ello es necesario:

Ainsi l'on parle aux yeux bien mieux qu'aux oreilles: il n'y a personne qui ne sente la vérité du jugement d'Horace à cet égard. On voit même que les discours les plus éloquens sont ceux où l'on enchasse le plus d'images, et les sons n'ont jamais plus d'énergie que quand ils font l'effet des couleurs (Rousseau, 1995: 377).

Para Rousseau lo visual está claramente por encima o por delante de lo sonoro, e incluso la referencia a Horacio puede filtrarse por el argumento del *ut pictura pæsis*, que tanta importancia tendrá en la posteridad para definir las relaciones de lo verbal y de lo plástico en los estudios de estética, de G.E. Lessing por ejemplo (Camarero, 1990).

1.3. Rousseau versus *Encyclopédie*

El semiólogo y gramatólogo Roy Harris parte de la idea de que «el estudio de la escritura siempre ha planteado un problema conceptual, ya que ha habido una tendencia a confundir la escritura bien sea con sus funciones, bien sea con sus recursos materiales» (Harris, 1993: 8). A partir de esta idea realiza, desde la perspectiva semiótica, una crítica de la noción de escritura expuesta en la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert y que se concreta en el argumento siguiente: la escritura no es considerada como un sistema de transmisión de pensamientos, ni tampoco se le reconoce función alguna en la formación de las ideas, con lo cual queda relegada a una pura función de retención de los datos de la memoria y su preservación a lo largo del tiempo.

1.3.1. Rousseau y Paillason

En esta problemática entroncan, justamente, las tesis de Rousseau sobre la escritura y suponen, por ende, una antítesis de la aportación de Paillason a la *Encyclopédie* con las dos partes que este dedicó a *L'art de l'écriture* y a *Caractères et alphabets* (1994).

En la primera aportación, titulada *Écritures*, encontramos 16 páginas de texto explicativo referido a las 16 planchas impresas a continuación. En esas páginas explicativas se exponen precisiones técnicas sobre la forma y disposición que hay que adoptar para escribir, así como sobre los instrumentos de la escritura (sobre todo la pluma), aunque la mayor parte de los comentarios están dedicados a una descripción minuciosa de la realización de las letras que va más allá incluso de la caligrafía.

En la segunda aportación, *Caractères et alphabets*, hay 17 páginas de texto explicativo de las 25 planchas que contienen la reproducción sistematizada de todo tipo de alfabetos: orientales (hebreo, sirio, árabe, egipcio, fenicio, etíope, etc.) y occidentales (islandés, anglosajón, gótico, ruso, rúnico, alemán, ilirio, serbio, armenio, georgiano, etc.), a los que se añaden algunos otros de carácter exótico (persa antiguo, nagrú, bengalí, talenga, malabar, siamés, bali, tibetano, tártaro, etc., sin olvidar el japonés y el chino). Este compendio extraordinario y sorprendente de alfabetos es el más completo y exacto de su tiempo y trata de fijar el conocimiento de las escrituras extranjeras o diferentes a la latina, así como de desmentir otros compendios (como el de Duret) que Paillason consideraba falseados o incluso imaginarios.

Por puro principio, la *Encyclopédie*, en esta sección titulada *L'art de l'écriture. Caractères et alphabets* que acabamos de describir someramente, no se ocupa de problemas lingüísticos ni literarios; se ocupa precisamente de asuntos técnicos, es decir, del manejo de los utensilios de escritura, de la posición del actuante-escribidor, del arte concreto de la caligrafía⁹. Pero nada se dice sobre el significado y las implicaciones de la escritura como medio de representación y comunicación, ni siquiera de la escritura como representación de la lengua que se habla, es decir, se ignora el aspecto semiótico del sistema significante que es la escritura. En este sentido, Lapacherie distingue claramente entre el arte de escribir, término empleado por el mismo Paillason, y la caligrafía (Lapacherie, 1989: 117). Lo cual significa que en las planchas elaboradas por Paillason para la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert se trata no tanto del aspecto estético de la escritura como de la técnica y del instrumental que el arte de escribir requiere, entendiendo asimismo que el arte de escribir se refiere puramente a la tecnología misma de una habilidad, es decir, al conjunto de conocimientos teóricos y prácticos que es necesario obtener para realizar correctamente el acto de la escritura en cuanto que tal acto. En este sentido la aportación de Paillason –*expert écrivain*¹⁰ *juré*– se adecuaba perfectamente al proyecto técnico y científico de la *Encyclopédie* y, por

⁹ Algunos autores expulsan incluso el concepto de caligrafía de las prácticas del arte de escribir, separando lo que es la escritura bella de la técnica de la escritura en sí misma. Véase al respecto la tesis de Lapacherie (1989: 117).

¹⁰ Como bien se puede suponer, el término *écrivain* no equivale aquí al escritor literario ni a cualquier tipo de sujeto que produce un texto cualquiera, sino a un escriba o escribiente que es experto (*juré*) en la técnica de la escritura.

tanto, no se encontrará en sus artículos ni reflexión lingüística ni filosófica, ni tampoco gramatológica.

Bien distinto será el proyecto de Rousseau en el capítulo V (en concreto) y en todo el texto del *Essai sur l'origine des langues*, así como en el opúsculo *Prononciation* porque, en uno y en otro de distinto modo y con diferente alcance, se hallará una reflexión, muy avanzada para su época, acerca de la escritura como fenómeno lingüístico y gramatológico. De este modo Rousseau se aparta en cierto grado de la *Encyclopédie* y singulariza una vez más su proyecto filosófico respecto de las corrientes mayoritarias de la Ilustración.

1.3.2. Rousseau y Jaucourt

No habrá tanta distancia, sin embargo, entre las teorías de Rousseau y las de otro artículo de la *Encyclopédie*, titulado *Écriture* (1753), redactado por el Caballero Louis de Jaucourt (Jaucourt, 1977: E60-E62). En él se define la escritura como «la méthode de donner de la couleur, du corps, [...] une sorte d'existence aux pensées» (Jaucourt, 1977: E60), a lo que luego añade que los nombres formados por las letras representan los sonidos de las palabras. Y al mismo tiempo se dice que la escritura «se fait en traçant avec une plume, de petites figures que l'on appelle *lettres*, sur une matière blanche & mince que l'on nomme *papier*» (Jaucourt, 1977: E60). Es decir, junto a un concepto de la escritura como representación de las ideas y de los sonidos, se expone igualmente un concepto técnico y artesanal muy próximo al de Paillason.

Pero la aportación de Jaucourt se centra sobre todo en el tema del jeroglífico egipcio como sistema de representación en proceso de evolución, de modo que del simbolismo primitivo (pictogramático) se pasa a una abstracción simbólica pura. El texto de Jaucourt presenta una transposición calcada del capítulo XIII del *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (1746) de Condillac quien, a su vez, como sabemos, también tomó de Warburton (1744, ed. fr.) las ideas (y hasta las palabras) de su teoría sobre el jeroglífico egipcio¹¹. En todo caso se trata de una cuestión que se enmarca en el campo teórico de la gramatología, aunque con alguna restricción histórica (solo se refiere al jeroglífico egipcio) y teórica (no alcanza a enunciar una teoría de conjunto de la escritura). Eso sí, también se encuentra en Jaucourt la doble distinción –fundamental en teoría gramatológica– entre, primero, escritura semasiográfica y fonográfica y, segundo, pintura y escritura (como origen y concepto general respecti-

¹¹ Rousseau también se referirá al tema del jeroglífico egipcio con ideas muy cercanas a las teorías de Warburton. Téngase en cuenta que Rousseau estaba trabajando en el *Essai sur l'origine des langues* en 1763 y tenía, además, un conocimiento directo y profundo del *Essai sur l'origine des connaissances humaines* de Condillac (publicado en 1746). En cualquier caso está clara la influencia que, en materia de jeroglífico, ejerció el prelado inglés W. Warburton a lo largo de toda aquella época en la que se están redactando distintas teorías de la escritura, hasta el punto de poner de moda una materia, en principio tan lejana a las preocupaciones occidentales sobre el lenguaje, como el jeroglífico egipcio.

vamente¹²). Sin embargo justifica la superación del sistema semasiográfico (pictográfico más exactamente) por razones de funcionalidad en sentido estricto (los documentos escritos por medio de pictogramas eran demasiado voluminosos y por tanto poco manejables), olvidando el proceso de fonetización de la escritura, las necesidades comunicativas de las civilizaciones (cada vez más avanzadas y complejas en su funcionamiento) y la ulterior maquinaria literaria (que convertirá a la escritura en su motor). Otra aportación a tener en cuenta es la que se refiere a la génesis de la escritura: Jaucourt hace coincidir el nacimiento o invención del jeroglífico egipcio con el deseo «de conserver la mémoire des événements, & de faire connoître les lois, les règlements, & tout ce qui a rapport aux matières civiles» (Jaucourt, 1977: E61). Del mismo modo Rousseau identificará la segunda manera de representar las palabras con el momento en que «la langue est tout à fait formée et qu'un peuple entier est uni par des Loix communes» (Rousseau, 1995: 384).

Las alusiones a la escritura azteca y al jeroglífico egipcio se repiten calcadamente en Jaucourt y Rousseau, de tal manera que en ambos también se encontrará una tipología de la escritura con tres secciones, aunque no sin algunas diferencias de fondo que conviene subrayar. En un primer nivel, Jaucourt describe la simbología primitiva del jeroglífico egipcio, en el que se simboliza el dibujo (o la pintura) de un objeto, que es «la principale circonstance d'un sujet» (Jaucourt, 1977: E60), es decir la *pars pro toto* de un proceso de simbolización realmente básico y elemental. Sin embargo Rousseau establece una diferencia clara entre escritura semasiográfica y escritura fonográfica (en este primer nivel se pintan solo los objetos, no los sonidos), con el ejemplo de los aztecas y de los egipcios, de los que dice que pintan «figures allégoriques» (Rousseau, 1995: 384), pero va más allá en el impulso gramatológico y habla también del avance que ya se ha producido en la sociedad a estas alturas de la civilización, debido al estado apasionado de la lengua y a las necesidades que surgen de las pasiones, con lo cual sobrepasa ampliamente el relativo reduccionismo arqueológico de Jaucourt.

En un segundo nivel, Jaucourt, que continúa reduciendo la tipología de la escritura al jeroglífico egipcio primitivo sin sobrepasar aquella época, habla de una escritura que consiste en «substituer l'instrument réel ou métaphorique de la chose, à la chose même» (Jaucourt, 1977: E60-E61). Mientras que Rousseau expone ya el segundo nivel de evolución de la escritura a escala planetaria, pues aquí las palabras y propociones son representadas por caracteres convencionales (una escritura prealfabética), en un estadio en el que la lengua está completamente formada y hay leyes comunes para un pueblo entero, por ello habla de «peindre les sons et parler aux yeux» (Rousseau, 1995: 384).

¹² Esta distinción se encuentra ya en la definición de escritura de Brebeuf, que Jaucourt cita al principio de su artículo.

En el tercer nivel, Jaucourt culmina su gradación simbólica con un proceso en el que «pour représenter une chose, on se servit d'une autre où l'on voyoit quelque ressemblance our quelque analogie» (Jaucourt, 1977: E61), es decir un símbolo puro que funciona por una convención pactada, con lo cual llega a una categoría superior del proceso de simbolización de la escritura jeroglífica egipcia. Gradación que no guarda relación alguna con la clasificación de los tipos de escritura llevada a cabo por Rousseau porque, en este tercer nivel, coloca la escritura alfabética inventada, según su hipótesis, por pueblos comerciantes que hablaban varias lenguas y que necesitaban de unos caracteres comunes a todas ellas, pues según Rousseau «ce n'est pas précisément peindre la parole, c'est l'analyser» (Rousseau, 1995: 385).

Así pues, a pesar de compartir no pocos datos relativos al concepto de escritura en la antigüedad, Jaucourt y Rousseau se separan radicalmente en el objetivo, fundamental, de clasificación de los tipos de escritura. Jaucourt analiza el proceso de abstracción que tiene lugar en el jeroglífico egipcio y su tendencia a la simbolización pura. Rousseau, por su parte, emprende una auténtica tipología funcional y categorial del proceso de evolución del sistema inscriptivo y representacional que es la escritura, desde su origen semasiográfico hasta la actual escritura fonográfica, lo cual constituye un avance metodológico y conceptual de gran importancia como precedente de los estudios gramatológicos actuales.

2. Rousseau y Saussure

La importancia del *Essai sur l'origine des langues*, como aportación gramatológica, tiene su origen precisamente en que constituye, según Starobinski, un proyecto complementario e inverso al del *Discours sur l'inégalité*, de 1750 (Starobinski, 1971: 356), es decir la introducción de «une histoire de la société à l'intérieur d'une histoire du langage». Y es en este punto donde el componente histórico relativo a la evolución de la civilización humana se convierte en algo fundamental, y permite además la articulación de una teoría gramatológica en cuanto que genealogía de la escritura y teoría del sistema de representación de la lengua.

Esta incisión histórica y sociológica encaja perfectamente con el núcleo argumental de los estudios sobre la escritura de nuestra contemporaneidad y dota a la teoría general sobre la lengua de un soporte teórico de dimensiones espectaculares, vista la relativa eficacia de la teoría lingüística de tradición fonocentrista del siglo XX para explicar la función de la escritura en el sistema de comunicación lingüístico. Con lo cual Rousseau se anticipa también en el método y no solo en el concepto. Al introducir el elemento histórico y localizar el fenómeno en el ámbito de la sociedad, todo ello previamente a la construcción de la lengua, Rousseau estaba ya induciendo en el siglo XVIII la metodología que seguirá Saussure. Vistas así las cosas, el capítulo que Saussure dedica a la escritura en su *Cours de linguistique générale* queda relativizado de modo importante, pues cuando se inicia la tradición fonocentrista, allá por 1907, los

árboles de la lengua no dejan ver el bosque de otros problemas, no menos importantes, como son la escritura y la comunicación.

Para Saussure lo más importante –o lo único importante– es la lengua, el objeto de estudio de la lingüística es la lengua, para él no hay lingüística que no se refiera a otra cosa que a la lengua. Sin embargo, su primera contradicción empieza en el arranque mismo de su argumentación, cuando reconoce de modo exultante que las lenguas «nous ne les connaissons généralement que par l'écriture» (Saussure, 1972: 44). La evidencia no puede ser ocultada a pesar del interés unívoco por la lengua: ciertamente nada nos queda ya de las lenguas primitivas, como no sea su representación¹³ por las escrituras que todavía hoy podemos ver-leer gracias a las investigaciones arqueológicas, antropológicas y filológicas.

Por su parte, ya en el opúsculo *Prononciation*, Rousseau se anticipa al método de Saussure, al señalar que «l'analyse de la pensée se fait par la parole, et l'analyse de la parole par l'écriture» (Rousseau, 1964b: 1249), de modo que la permanencia y durabilidad de lo escrito permite precisamente el análisis no solo de la propia escritura sino de todo aquello que ella pudiera vehicular a lo largo de la historia. Aunque hay también un cierto acuerdo con Saussure cuando reconoce en la escritura cierta subsidiariedad respecto de la palabra hablada: «les langues sont faites pour être parlées, l'écriture ne sert que de supplément à la parole; s'il y a quelques langues qui ne soient qu'écrites et qu'on ne puisse parler, propres seulement aux sciences, elles ne sont d'aucun usage dans la vie civile» (Rousseau, 1964b: 1249). Idea que se repite más adelante, cuando señala: «l'écriture n'est que la représentation de la parole, il est bizarre qu'on donne plus de soins à déterminer l'image que l'objet» (Rousseau, 1964b: 1252). Pero la línea argumental de Rousseau no se rompe, a pesar de algunas concesiones, y su diagnóstico de la sociedad moderna determina también el concepto de la escritura en su relación conflictiva con la lengua:

Il est singulier qu'à mesure que les lettres se cultivent, que les arts se multiplient, que les liens de la société générale se resserrent, la langue se perfectionne tant par l'écriture et si peu par la parole. Pourquoi les hommes en se rapprochant sont-ils si soigneux de bien dire, de l'art de parler à distance, et si peu de l'art de parler de vive voix? C'est que le discours prononcé se noie au milieu de tant de parleurs et que la célébrité ne s'acquiert que par les livres (Rousseau, 1964b: 1251).

No hay remedio entonces a los males de los libros, que otorgan la fama y el reconocimiento –por la escritura precisamente–, y queda así relegada la palabra hablada, tan necesaria según Rousseau para expresar las pasiones, en una sociedad

¹³ Aquí el término *representación* puede no significar lo que entendemos normalmente por transcripción de una lengua por su escritura, ya que las escrituras antiguas podían no representar una lengua determinada y constituir sistemas de significación autónomos y desligados de la lengua hablada.

imperfecta que Rousseau juzga no deseable frente a los demás ilustrados. El contrapunto más radical vendrá en el *Essai sur l'origine des langues*, donde la evaluación de la escritura no es nunca paradójica, pues

[...] lorsqu'il est question d'émouvoir le coeur et d'enflammer les passions, c'est toute autre chose. [...] en voyant la personne affligée vous serez difficilement ému jusqu'à pleurer; mais laissez-lui le temps de vous dire tout ce qu'elle sent, et bientôt vous allez fondre en larmes. [...] Concluons que les signes visibles rendent l'imitation plus exacte, mais que l'intérêt s'excite mieux par les sons (Rousseau, 1995: 377-378).

De forma antitética, Rousseau inicia ahora la defensa de la lengua hablada a partir del determinismo que, según él, ejercen las pasiones sobre todo acto del sujeto. La escritura surgiría entonces de una encrucijada en la que «à mesure que les besoins croissent, que les affaires s'embrouillent, que les lumières s'étendent le langage change de caractère; il devient plus juste et moins passionné; il substitue aux sentiments les idées, il ne parle plus au coeur mais à la raison» (Rousseau, 1995: 384). Es entonces el paso del estadio lingüístico al estadio puramente escritural (de dimensión gramatológica), que se caracterizaría por el aumento de las necesidades materiales, la complejización de los negocios y la difusión del conocimiento; de modo que la lengua va dejando de ser apasionada y se hace más justa, es decir, pasa de los sentimientos a la razón, lo cual en Rousseau es ir un tanto contra corriente.

Esta paradoja –tan sistemáticamente ocultada– que consiste en reconocer los méritos del sistema escritural *malgré tout*, es decir, a pesar de la prevalencia de la lengua en el momento fundacional de la lingüística, se hace constante en el capítulo VI del *Cours de linguistique générale* y continúa cuando Saussure compara las funciones de la lengua y de la escritura y señala: «langue et écriture sont deux systèmes de signes distincts; l'unique raison d'être du second est de représenter le premier; [...] mais le mot écrit se mêle si intimement au mot parlé dont il est l'image, qu'il finit par usurper le rôle principal» (Saussure, 1972: 45). El problema, claro, no es la diferencia de los sistemas de representación y significación, sino el protagonismo adquirido por la escritura y que tanto molesta a Saussure. Más allá de esta misma argumentación irá Rousseau en su *Essai sur l'origine des langues*, cuando dice:

Ce que les anciens disoient le plus vivement, ils ne l'exprimoient pas par des mots mais par des signes; ils ne le disoient pas, ils le montroient. Ouvrez l'histoire ancienne vous la trouverez pleine de ces manières d'argumenter aux yeux, et jamais elles ne manquent de produire un effet plus assuré que tous les discours qu'on auroit pu mettre à la place: l'objet offert avant de parler ébranle l'imagination, excite la curiosité, tient l'esprit en suspens et dans l'attente de ce qu'on va dire. [...] Le

langage le plus énergique est celui où le signe a tout dit avant qu'on parle (Saussure, 1995: 376).

Por tanto Rousseau insiste en la idea de que lo visual deja una impronta mucho más rápida y permanente que lo verbal, porque el mensaje verbal debe pasar por una doble descodificación. En consecuencia no solo aparece así la posibilidad de una diferencia en el significar que se podría enunciar como decir-mostrar. Lo que más llama la atención de esta exposición es la teoría del signo que enuncia Rousseau. El signo sería un concepto más extenso, puesto que puede decirlo todo, incluso antes de hablar, y de forma más contundente incluso; por ello, implícitamente, se puede deducir que la escritura adquiere una cierta superioridad, ya que es signo y es visual a la vez. Pero además la escritura, para Rousseau, tiene una dimensión que va incluso más allá de su función-valor en el nivel signico:

L'art d'écrire ne tient point à celui de parler. Il tient à des besoins d'une autre nature qui naissent plutôt ou plus tard selon des circonstances tout à fait indépendantes de la durée des peuples, et qui pourroient n'avoir jamais eu lieu chez des Nations très anciennes (Rousseau, 1995: 386).

Aquí es donde la intuición gramatológica de Rousseau apunta a las teorías actuales de la teoría de la escritura. En efecto, la escritura surge en un momento distinto (y posterior) al de la lengua, y por razones bien diferentes que por lo general se alejan de la función de la comunicación en sentido estricto. Además, la escritura supone una incisión histórica de gran calibre, puesto que a partir de ella se puede reconstruir el devenir de la civilización humana. Pero Rousseau no se conforma solo con esbozar nuevas ideas, sino que es capaz de descender al análisis concreto de la dicotomía conflictiva lengua/escritura, cuando señala por ejemplo: «les dialectes distingués par la parole se rapprochent et se confondent par l'écriture» (Rousseau, 1995: 389). En esta idea desarrolla ya el concepto de una escritura que es capaz de representar varias lenguas mediante un único juego de caracteres, es decir, mientras que las lenguas son factores de dispersión o heterogeneidad, la escritura supone una concentración u homogeneización, además de la permanencia y durabilidad que por su carácter matérico tiene ya de por sí.

En cuanto a las razones del prestigio de la escritura, Saussure vuelve a la carga con sus contradicciones al argumentar que «l'image graphique des mots nous frappe comme un objet permanent et solide, plus propre que le son à constituer l'unité de la langue à travers le temps» (Saussure, 1972: 46). Y esta idea vuelve a ser subrayada en la segunda razón, cuando dice que «chez la plupart des individus les impressions visuelles sont plus nettes et plus durables que les impressions acoustiques» (Saussure, 1972: 46). En la tercera razón, junto a la idea clara de que toda lengua es anterior a toda escritura, Saussure reconoce también la hegemonía de la escritura literaria, con toda su tradición, los diccionarios, las gramáticas, la ortografía, de modo que según él

«le rapport naturel est renversé» (Saussure, 1972: 47). Pues, como argumenta finalmente en la cuarta razón, «l'écriture s'arroe de ce chef une importance à laquelle elle n'a pas droit» (Saussure, 1972: 47), ya que en el debate de la lengua y de la ortografía, según la tradición, esta última decide¹⁴. Esta misma idea será sintetizada por Rousseau en su opúsculo *Prononciation*, cuando dice: «Depuis longtemps on ne parle plus au public que par des livres, et si l'on lui dit encoré de vice voix quelque chose qui l'intéresse c'est au théâtre» (Rousseau, 1964b: 1250). Pero Rousseau siempre va más lejos por anticipado y en el *Essai sur l'origine des langues* manifiesta que

Si nous n'avions jamais eu que des besoins physiques, nous aurions fort bien pû ne parler jamais et nous entendre parfaitement par la seule langue du geste. Nous aurions pû établir des sociétés peu différentes de ce qu'elles sont aujourd'hui, ou qui même auroient marché mieux à leur but : nous aurions pu instituer des loix, choisir des chefs, inventer des arts, établir le commerce, et faire en un mot presque autant de choses que nous en faisons par le secours de la parole (Rousseau, 1995: 378).

Es decir que se constata la insuficiencia del mundo físico para explicar la existencia humana y, entonces, aparece la subjetividad. Pero por un camino inhabitual se llega a una definición de la escritura en un plano plenamente gramatológico, al mismo tiempo que explica con otra visión bien distinta aquella relación natural invertida de la que hablará después Saussure. Sin emplear explícitamente el término escritura, Rousseau describe un mundo alternativo sin la lengua, en el que los grandes inventos de nuestra civilización (la sociedad, la legislación, la política, el arte, el comercio) habrían sido igualmente posibles por medio de otro tipo de expresión (¿la escritura?). Entonces la escritura surge como contrapunto al mundo de las pasiones (de las que se deriva la lengua), tal es el argumento de uno de los textos rousseauianos más bellos:

On ne commença pas par raisonner mais par sentir. On prétend que les hommes inventèrent la parole pour exprimer leurs besoins; cette opinion me paroît insoutenable. L'effet naturel des premiers besoins fut d'écarter les hommes et non de les rapprocher. Il le falloit ainsi pour que l'espèce vint à s'étendre et que la terre se peuplât promptement ; sans quoi le genre humain se fût entassé dans un coin du monde, et tout le reste fût demeuré desert. De cela seul il suit avec évidence que l'origine des langues n'est point dûe aux premiers besoins des hommes; il seroit absurde que de la cause qui les écarte vint le moyen qui les unit. D'où peut donc venir cette origine? Des besoins mo-

¹⁴ La decisión al parecer vendría no tanto de la escritura (la ortografía) sino de la ausencia de reconocimiento del lingüista que, en opinión de Saussure, «no tiene voto» en esta cuestión (Saussure, 1972:47).

raux, des passions. Toutes les passions rapprochent les hommes que la nécessité de chercher à vivre force à se fuir. Ce n'est ni la faim ni la soif, mais l'amour la haine la pitié la colère qui leur ont arraché les premières voix (Rousseau, 1995: 380).

Si la lengua se asocia a las pulsiones más básicas de lo humano, la escritura sería un regulador de la vida social y uno de los gérmenes de la civilización porque, una vez consumada la ruptura babélica, los hombres tienen la necesidad de normativizar sus actividades propias del estado de civilización que les corresponde tras un estadio primitivo-pasional.

Interesante y curiosa resulta por otra parte la argumentación saussuriana sobre los distintos sistemas de escritura. Para Saussure, de un lado estaría el sistema ideográfico, «dans lequel le mot est représenté par un signe unique et étranger aux sons dont il se compose» (Saussure, 1972: 47), y lo llama ideográfico porque, al referirse a la totalidad de la palabra, indirectamente se refiere a la idea que expresa (el modelo sería la escritura china primitiva). De otro lado, estaría el sistema fonético, «qui vise à reproduire la suite des sons se succédant dans le mot» (Saussure, 1972: 47), es decir, lo que hoy entendemos más comúnmente por escritura o lo que estamos acostumbrados a contemplar habitualmente en nuestras lenguas modernas. Por tanto, según Saussure, el sistema de signos que es la escritura puede representar el objeto directamente (como la escritura-dibujo china) o por medio de un sistema secundario de representación en el que los signos nada tienen que ver con el objeto.

En la argumentación de Saussure el gramatólogo no encontrará ninguna explicación sobre la génesis ni funcionamiento de esos tipos de escritura ni de la razón de su diferencia. Cosa que, casi dos siglos antes, sí hace Rousseau cuando, en el capítulo V del *Essai sur l'origine des langues*, dedica unos jugosos párrafos a la tipología de la escritura. De acuerdo con su planteamiento general sobre la lengua, Rousseau parte del estadio apasionado que la escritura comparte con la lengua, y según el cual «la première manière d'écrire n'est pas de peindre les sons mais les objets mêmes, soit directement comme faisoient les Mexicains, soit par des figures allégoriques, comme firent autrefois les Egypciens» (Rousseau, 1995: 384). Y a esta definición, ya de por sí interesante, puesto que introduce los conceptos diferenciados de pictograma y jeroglífico¹⁵, añade una precisión gramatológica de alcance: «cet état répond à la langue passionnée, et suppose déjà quelque société et des besoins que les passions ont fait naître» (Rousseau, 1995: 384), donde aparece la referencia al estado de desarrollo de la civilización, concepto fundamental para fijar la génesis y desarrollo de la escritura. A continuación añade:

La seconde manière est de représenter les mots et les propositions par des caracteres conventionnels, ce qui ne peut se faire que quand la langue est tout à fait formée et qu'un peuple en-

¹⁵ Sobre la relación pintura-escritura y la teoría de los *gramas* (Camarero, 1998).

tier est uni par des Loix communes; car il y a déjà ici doublé convention: Telle est l'écriture des Chinois; c'est là véritablement peindre les sons et parler aux yeux (Rousseau, 1995: 384).

Aquí aparecen los conceptos de signo convencional, de lengua totalmente formada, y de un pueblo plenamente constituido y dotado de leyes, es decir, un estadio ya relativamente avanzado de la civilización humana. Por tanto, a la convención de la sociedad (de tipo antropológico y también político) se añade la convención de la lengua y de su sistema de representación gráfico que es la escritura (de carácter semiótico). Y aún, en este nivel, Rousseau incluye todavía una mayor complejidad cuando *en passant* sugiere la duplicidad de un código verbal y de un código visual, donde se podrían encuadrar los ideogramas y logogramas sobre todo. Y finalmente:

La troisième est de décomposer la voix parlante en un certain nombre de parties élémentaires soit vocales, soit articulées, avec lesquelles on puisse former tous les mots et toutes les syllabes imaginables. Cette manière d'écrire, qui est la nôtre, a du être imaginée par des peuples commerçants qui voyageant en plusieurs pays et ayant à parler plusieurs langues, furent forcés d'inventer des caractères qui pussent être communs à toutes. Ce n'est pas précisément peindre la parole, c'est l'analyser (Rousseau, 1995: 384-385).

Aquí encontramos ya la forma alfabética con dimensión fonográfica, pero Rousseau no se queda tan solo en una definición simplista. Más allá del concepto mismo, arriesga una hipótesis según la cual se puede explicar el funcionamiento de las lenguas occidentales con una escritura única (la latina) y basa este hecho en el intercambio comercial. Ciertamente el comercio –o, si se prefiere, el intercambio– es la causa de la homogeneización que la escritura produce como sistema de representación y comunicación, pero este hecho no es tan moderno como la escritura latina, pues ya en las primeras escrituras sumerias las tablillas de barro con caracteres cuneiformes tenían una función en los procesos de intercambio. La clasificación de Rousseau, con ser más detallista y exhaustiva, tiene también el mérito de concretar el estadio de civilización que corresponde a cada tipo de escritura. Aunque es sin duda discutible la tesis final de Rousseau (Rousseau, 1995: 385) según la cual el primer tipo de escritura corresponde a los pueblos salvajes, el segundo a los bárbaros y el tercero a los civilizados, pues incluso podría entrar en colisión con su otra tesis de que la civilización humana habría podido prescindir de la lengua para comunicarse y construir sus normas de funcionamiento (Rousseau, 1995: 378). En craso error gramatológico considera Rousseau que el alfabeto es la forma superior de la escritura en cuanto que corresponde a los pueblos más avanzados. Hoy día, este argumento no es sostenible más

que relativamente, pues otros tipos de representación sígnica pueden igualmente resultar de una gran funcionalidad en nuestra sociedad actual.

Para terminar, el apartado dedicado a las causas del desacuerdo entre la grafía y la pronunciación contiene, en nuestra modesta opinión, la clave de todo el embrollo saussuriano. Se trata, según Saussure, de que «la langue évolue sans cesse, tandis que l'écriture tend à rester immobile» (Saussure, 1972: 48). A partir de esta idea se comprenderá entonces el conflicto irresoluble de la lengua y de la escritura, porque siempre se producirá un momento en que se pierda la correspondencia exacta (si es que la hubo alguna vez) entre los sonidos y las grafías. Del mismo modo, «quand un peuple emprunte à un autre son alphabet, il arrive souvent que les ressources de ce système graphique sont mal appropriées à sa nouvelle fonction» (Saussure, 1972: 49), con lo cual se producen todo tipo de desvíos y anomalías que harán necesario, por ejemplo, el recurso a la etimología.

Por su parte, Rousseau, en su opúsculo *Prononciation*, señala ya la importancia del libro –y por consiguiente de la escritura– como vehículo de celebridad (Rousseau, 1964b: 1251), es decir, que implícitamente se admite la permanencia y durabilidad de lo escrito frente a lo efímero de la oralidad. Aunque llama la atención la coincidencia en la idea de que «il faut en certains cas suivre l'ordre retrograde, et la prononciation qui devoit toujours régler l'orthographe est souvent réduite à la consulter» (Rousseau, 1964b: 1252). Opinión que repetirá Saussure idénticamente, pues en ambos autores la ortografía es concebida como ley superior de representación de la lengua por la escritura y la expresión, por tanto, de un vínculo en el que la lengua al parecer se lleva la peor parte.

3. Coda

Saussure no asume el punto de vista sobre la lengua que Rousseau inaugura en 1781, es decir, rompe con el proceso de la Ilustración cuyo cimiento se construye en el siglo XVIII. En este sentido, Saussure, al dictar el pensamiento del *Cours de linguistique générale*, se aleja del acontecimiento histórico y dialéctico de los filósofos ilustrados –el primero, su vecino ginebrino Jean-Jacques Rousseau– y arrastra a la lingüística moderna a unos territorios alejados del humanismo ilustrado, o de su herencia (Bello, 1997: 20-27).

Tras la lectura de *De la gramatología* (Derrida, 1967), la tentación es grande: tratar de suplementar –incluso en el sentido rousseauiano– la lectura que Derrida hace del *Essai sur l'origine des langues* de Rousseau, pero no como una sustitución radicalizada y por tanto absurda del texto derridiano, sino como un discurso que se añade al comentario tras el avance de la gramatología en los últimos años.

Ya en 1952 Ignace J. Gelb había iniciado el estudio y establecido los fundamentos de la gramatología o ciencia de la escritura con la publicación de su libro *A Study of Writing*. La versión francesa, *Pour une théorie de l'écriture*, es de 1973 y la

española, *Historia de la escritura*¹⁶, de 1976. Si tenemos en cuenta el contenido de la obra de Gelb, la gramatología gelbiana se funda a partir de análisis de escrituras antiguas, orientales sobre todo, de algunos fundamentos de teoría general de la escritura y su relación con la lengua hablada, y de una síntesis teórica sobre la escritura como dispositivo semiótico de representación y comunicación.

En este sentido la escritura, como materialización gráfica de los signos de la lengua en particular, se vincula a la ciencia de los signos, la semiótica. Por su parte, la fundación de la semiótica tiene lugar en 1938 con la publicación de Charles Morris titulada *Foundations of the Theory of Signs* (traducción española de 1958), a la que seguiría *Signs, Language and Behavior*, publicada en Nueva York en 1946 (versión española de 1962). Como antecedente de la teoría de Morris son de señalar los estudios de Charles S. Peirce, concretamente sus famosos *Collected Papers*, editados a partir de 1931. En Europa, Ferdinand de Saussure anunciaba la existencia o la necesidad de esta ciencia en 1907, en su *Cours de linguistique générale*, determinando el enfoque lingüístico de la semiología (a diferencia de la semiótica), tal como se evidencia en el tratado de Roland Barthes de 1964 titulado *Éléments de sémiologie*, donde la semiología depende de la lingüística para extraer de ella su modelo.

Así que en el contexto más general de una teoría del signo (que no llegó a enunciar en su totalidad) y de la lengua, de ningún modo es menor la importancia que Rousseau concedió a la teoría sobre la escritura, tal como lo demuestra por ejemplo la atención prestada a este tema por Jean Starobinski y las consecuencias que extrae de la exposición de Rousseau (Starobinski, 1995: CLXXVIII-CLXXXI). El avance gramatológico de Rousseau en el siglo XVIII enlaza ciertamente con las distintas etapas de la teoría de la escritura, bien sea por acuerdo, bien sea por desacuerdo, hasta llegar a la figura de Roy Harris, Profesor emérito de Lingüística general de la Universidad de Oxford, y a lo que nos parece que constituye la culminación de la ciencia gramatológica, su obra titulada *La sémiologie de l'écriture*, publicada en Francia en 1993, en la que se plantea claramente la consideración de la escritura como sistema autónomo de comunicación y de representación.

Así es como, en cierto modo, Rousseau sigue representando «la modernidad como proyecto o modernidad inacabada» (Bello, 1997: 129) porque, tras el esfuerzo –en parte huero– de la lingüística fonocentrista del siglo XX, todavía siguen vigentes un pensamiento y unas ideas gramatológicas que participaron en el nuevo orden que supuso la Ilustración en el siglo XVIII. De algún modo, por tanto, seguimos en nuestros días construyendo el proyecto ilustrado¹⁷ diseñado por Rousseau (y los otros ilus-

¹⁶ Sorprende un poco la palabra *historia* en el título de la edición española. Habría sido más correcto traducir, por ejemplo, *Teoría de la escritura*, en consonancia con el original inglés y con el contenido y filosofía del libro, tal como lo hace la versión francesa.

¹⁷ En el último decenio del siglo XX, investigaciones avanzadas en Neurología han demostrado que algunas de las intuiciones de Rousseau han resultado proféticas. En el *Essai sur l'origine des langues*

trados) en una tarea inacabada cuyos límites últimos desconocemos. Con lo cual el gran proyecto humanístico y moderno de nuestros días sería, efectivamente, recobrar y mantener aquel impulso humanista que hizo posible el avance de la Ilustración siglos atrás, para abrir así el camino de una nueva modernidad en el siglo XXI. Si la Ilustración supuso el estadio más avanzado de las tesis humanistas en toda la historia de la civilización occidental, recuperar y fomentar ahora, en el umbral del siglo XXI, la energía del impulso que se produjo ya en el siglo XVIII, supondría renovar con fuerza la nueva idea del hombre.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARNAULD, Antoine y Claude LANCELOT (1660): *Grammaire générale et raisonnée ou La Grammaire de Port-Royal*. Stuttgart-Bad Cannstatt, F.F. Verlag, 1966.
- BARTHES, Roland (1964): *Éléments de sémiologie. Communications*, 4, 91-135.
- BELLO, Eduardo (1997): *La aventura de la razón: el pensamiento ilustrado*. Madrid, Akal.
- CAMARERO, Jesús (1990): «Laocoonte de G.E. Lessing: el espacio y el tiempo en la obra de arte». *Literatura*, 12, 159-167.
- CAMARERO, Jesús (1998): «De la peinture à l'écriture», in *Propriétés de l'écriture, Op. Cit.*, 10, 213-218.
- CONDILLAC, Étienne Bonnot de (1746): *Essai sur l'origine des connaissances humaines*. <ftp://ftp.ac-toulouse.fr>, 18/03/2009.
- CRYSTAL, David (1987): *Enciclopedia del Lenguaje de la Universidad de Cambridge*. Madrid, Santillana, 1994.
- DESCARTES, René (1649): *Traité des passions de l'âme*. París, Bookking International, 1995.
- DERRIDA, Jacques (1967): *De la Gramatología*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- DOMÍNGUEZ, José [comp.] (1997): *Hermenéutica*. Madrid, Arco/Libros.
- HARRIS, Roy (1993): *La sémiologie de l'écriture*. París, CNRS.

(1995: 380) Rousseau dice que «on ne commença pas par raisonner mais par sentir», aseveración que, a la luz de los últimos descubrimientos de Goleman (inteligencia emocional) y LeDoux (cerebro emocional), adquiere una dimensión de revolución copernicana. En efecto, se ha demostrado que la Razón se aloja en el Córtex, en un grupo de células que forman la parte externa del cerebro, y que la Emoción se aloja en la Amígdala, una estructura que forma parte del sistema límbico en el interior del cerebro. Hay por tanto dos inteligencias, dos mentes, en nuestro ser. Y además hay otro dato que confirma plenamente la tesis de Rousseau: la Razón, alojada en el Córtex, se ve determinada por una mayor cantidad de conexiones neuronales que provienen de la Amígdala, donde se aloja la Emoción (mientras que el Córtex tiene tres conexiones en dirección a la Amígdala, esta tiene nada menos que nueve conexiones en dirección al Córtex). En el artículo 34 de su obra *Traité des passions de l'âme* (1649), Descartes localiza la ubicación del alma en «la petite glande qui est au milieu du cerveau» (1995: 124) y argumenta que el alma y el cuerpo actúan el uno contra el otro. Quizá Descartes, en el el siglo XVII, tuvo ya la intuición de la existencia de la Amígdala.

- GELB, Ignace J. (1952): *Historia de la escritura*. Madrid, Alianza, 1976.
- JAUCOURT, Chevalier Louis de (1753): «Écriture», in Diderot & D'Alembert, *L'Encyclopédie*. Milano-Paris, Franco M. Ricci, 1977.
- LAPACHERIE, Jean-Gérard (1989): «Paillason, expert écrivain ou de l'art d'écrire». *Littérature*, 73, 116-128.
- LAPACHERIE, Jean-Gérard (1998): «Présentation», in *Propriétés de l'écriture, Op. Cit.*, 10, 9-10.
- LLEDÓ, Emilio (1985): «Literatura y crítica filosófica», in J.M. Díez Borque (coord.), *Métodos de estudio de la obra literaria*. Madrid, Taurus, 419-444 y 462-463..
- MORRIS, Charles (1938): *Fundamentos de la teoría de los signos*. Barcelona, Paidós, 1985.
- MORRIS, Charles (1946): *Signos, lenguaje y conducta*. Buenos Aires, Losada, 1962.
- PAILLASSON (1751-80): *L'art de l'écriture, Caractères et alphabets*, in Diderot & D'Alembert, *L'Encyclopédie*. París, Inter-Livres, 1994.
- PEIRCE, Charles S. (1931-5): *Collected Papers of Charles Sanders Peirce I-VI*. Massachussets, Cambridge.
- PEIRCE, Charles S. (1958): *Collected Papers of Charles Sanders Peirce VII-VIII*. Massachussets, Cambridge.
- PELLAT, Jean-Christophe (1998): «La conception de l'écriture à Port-Royal», in *Propriétés de l'écriture, Op. Cit.*, 10, 153-160.
- PLATON (370 a.e): *Fedro*. Madrid, Gredos, 1988.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques (1750): *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, in *Œuvres complètes III*, 109-237. París, Gallimard/Pléiade, 1964a.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques (1761): *Prononciation*, in *Œuvres complètes II*, 1248-1252. París, Gallimard/Pléiade, 1964b.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques (1781): *Essai sur l'origine des langues*, in *Œuvres complètes V*, 371-429. París, Gallimard/Pléiade, 1995.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques (1782): *Les Confessions*, in *Œuvres complètes I*, 1-656. París, Gallimard/Pléiade, 1959.
- SAUSSURE, Ferdinand de (1907): *Cours de linguistique générale*. París, Payot, 1972.
- STAROBINSKI, Jean (1971): «Rousseau et l'origine des langues», in *Jean-Jacques Rousseau: la transparence et l'obstacle*, 356-379. París, Gallimard.
- STAROBINSKI, Jean (1995): «Introduction à l'Essai sur l'origine des langues», in *Œuvres complètes V*, Jean-Jacques Rousseau, CLXIII-CCIV. París, Gallimard/Pléiade.
- WARBURTON, W. (1738-41): *Essai sur les hiéroglyphes des Égyptiens*. Trad. fr. de L. De Malpeines. París, Guérin, 1744.